

100 días después del 11 de septiembre de 2001

Iván Auger

Antes de los atentados contra las Torres Gemelas y el Pentágono, el pensamiento predominante se felicitaba porque la gallina ponía más huevos de oro; después, prevalece la inquietud por la salud de la ponedora. Se insiste en que no se trata del choque de civilizaciones anunciado por Huntington, materia en que hay un alto nivel de consenso, y que la causa inmediata de los atentados no es el islam sino la manipulación con fines políticos de esa religión. Se sostiene que, si bien es demasiado temprano para saber si se inicia una nueva era, a lo menos se abren nuevas posibilidades, en las que se distinguen dos cosmovisiones: 1) la de los liliputienses, desde los socialdemócratas europeos a los gobiernos de los países en desarrollo, que creen que el mundo se hizo más pequeño y que la solución pasa por la seguridad colectiva y el internacionalismo, y 2) la de Gulliver, representado por la nueva derecha norteamericana, que piensa que cambió el mundo y acepta que la seguridad de todos depende de la superioridad militar de Estados Unidos. Los primeros tuvieron la vara alta en un comienzo y los segundos recuperaron la voz después de la victoria militar. A 100 días de los atentados ese conflicto no está resuelto y, como lo demuestra la historia, no es seguro que la razón se imponga a lo menos en el corto plazo.

AL MENOS SE ABREN NUEVAS
POSIBILIDADES

Los ataques terroristas contra las Torres Gemelas de Nueva York y el Pentágono en Washington, del 11 de septiembre de 2001, han sido los más mortífe-

ros cometidos por autores no gubernamentales, desde que el concepto de terrorismo se incorporó al léxico político durante la Revolución Francesa.

En este caso, además, los terroristas lograron con creces su objetivo: crear terror. Y lo lograron, porque sus ataques fue-

ron transmitidos en vivo y en directo por una televisión con alcance casi mundial; y así fuimos testigos de la demolición de las Torres, en cuatro actos terroríficos.

Adquirimos súbita conciencia acerca del significado de los conceptos de la amenaza y guerra asimétricas.

A ello siguió la desaparición del gobierno de las cámaras de televisión, en un país en que, a lo menos, los voceros de la Casa Blanca, el Departamento de Estado y el Pentágono conversan diariamente por alrededor de dos horas con la prensa (se trasmite por TV) y que, en casos de crisis, son reemplazados por subsecretarios, ministros, generales e incluso el Presidente o el Vicepresidente.

En el trasfondo había actores tan difusos que no eran identificables ni ubicables y, por consiguiente, más temidos. El proceso continuó con los hasta ahora misteriosos atentados con ántrax en piezas de correo. Así, de súbito adquirimos conciencia acerca del significado de los conceptos de la amenaza y guerra asimétricas. Desde entonces, el mundo se nos hizo tan pequeño que hasta los más poderosos parecen vulnerables. En otras palabras, la globalización se transformó en una pesadilla.

Para la mayoría de los observadores esos acontecimientos constituyen un día histórico, el verdadero inicio de un muy distinto siglo XXI. Para otros, como el canciller mexicano Jorge Castañeda, sólo son un cambio del estado de espíri-

tu de los Estados Unidos y no un corte en la historia del mundo, como lo fue la caída del Muro de Berlín. Para los huérfanos del comunismo, que incluyen tanto a los nostálgicos como a los anticomunistas no renovados, entre los que destacan influyentes neoconservadores de la administración Bush, nada ha cambiado y los Estados Unidos siguen o deberían seguir actuando como la única superpotencia sobreviviente. Es decir, sin los contrapesos ni las limitaciones que son propias de la seguridad colectiva. Finalmente, para quienes tienen diagnósticos apocalípticos, es simplemente una nueva demostración de que nos hundimos en el caos y de que no tenemos escapatoria.

El gran problema es que lo que llamamos un hito histórico no es lo que ocurre en las 24 horas del 11 de septiembre recién pasado, sino lo que acontece a continuación, como consecuencia de una cadena de reacciones, que al ser el resultado de una conmoción, son siempre confusas y contradictorias, a lo menos en un comienzo.

Muchas veces incluso nos hemos equivocado al calificar un acontecimiento de histórico. Recordemos que don Miguel de Cervantes dijo, por ejemplo, después de ser herido en la batalla de Lepanto, que esa lesión, aunque parezca fea, la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros. Y esas palabras representaron el sentir público de ese momento. No obstante, la victoria de la Cristiandad sobre el Imperio Otomano en la batalla de Lepanto

no fue decisiva. Si hasta parece ser más recordada por la participación y consecuencias que tuvo para Cervantes.

En todo caso, lo más posible es que el legado de este 11 de septiembre no se limite para los hispanohablantes a la incorporación de dos vocablos al español castizo: ántrax como sinónimo de carbunco y talibán como sustantivo singular, pese a ser plural en su idioma de origen. Si bien no es seguro que estemos ante el inicio de otra época, a lo menos se abren nuevas posibilidades. El desenlace no dependerá exclusivamente de lo que ocurra entre los círculos gobernantes de Washington, sino de la forma en que se asiente la relación entre los liliputienses y el Gulliver norteamericano.

Los atentados del 11 de septiembre tienen raíces muy específicas en la guerra fría.

Por supuesto, hay diferencias desde la partida. Los primeros piensan que los atentados terroristas cambiaron a los Estados Unidos, que habría comprendido que la seguridad sólo puede ser común, es decir, fundada en las organizaciones, los tratados y las instituciones internacionales. Son encabezados por los socialdemócratas europeos, Moscú, Beijing y, en nuestra representación, Nueva Delhi y Brasilia (y, al menos moralmente, por el presidente Lagos).

Entre los segundos, la nueva derecha que domina al partido republicano norteamericano cree que lo que cambió fue el mundo y éste ahora aceptaría que

la seguridad de todos se basa en la superioridad militar de los Estados Unidos. Sólo disentirían de esto los terroristas y quienes les dan abrigo.

LA GALLINA PONDRÍA MÁS HUEVOS DE ORO

La etapa que parece haberse cerrado el 11 de septiembre comenzó oficialmente con la demolición del Muro de Berlín en noviembre de 1989. Los atentados que nos preocupan, sin embargo, tienen raíces muy específicas en la guerra fría. Recordemos que una de las últimas batallas de ese conflicto fue la guerra de Afganistán, en la que fueron derrotados los soviéticos y sus aliados modernizantes. Lo fueron, gracias a la combinación de los guerreros santos de las tribus afganas; de una legión extranjera de integristas musulmanes -entre ellos bin Laden-; del apoyo logístico de Pakistán, donde la religión mahometana define a la nacionalidad, y del financiamiento de Arabia Saudí, que hace del wahabismo -una interpretación extremista del islam- su Constitución. El director de esa orquesta fue Washington y el resultado fue un Vietnam propio para los soviéticos.

Ese conflicto fue parte de la política exterior de los Estados Unidos durante la guerra fría, cuando fueron reclutados gobiernos e insurgentes dispuestos a luchar contra el comunismo, sin preocuparles si eran retrógados o autoritarios. En el caso del mundo árabe y musulmán, fueron autócratas presuntamente

modernizadores, como el Sha de Irán o Sadam Hussein en sus primeros años; regímenes tradicionalistas y profundamente reaccionarios, como las monarquías de la península arábiga; dictaduras militares ultraconservadoras, como Indonesia o Pakistán, o fanáticos mahometanos dispuestos a luchar sin cuartel contra el comunismo ateo, como los grupos recién mencionados para la guerra de Afganistán.

En ese contexto, hubo una explotación política del islam como religión, tanto por lo que se llamaba el mundo libre, que encabezaban los Estados Unidos, como por los regímenes autoritarios de los países árabes y musulmanes. La caída del Sha, que no utilizó esta herramienta, reforzó la manipulación política de la religión por los gobiernos de la región.

Al terminar la guerra fría, entre otras cosas por la victoria en Afganistán, los Estados Unidos proclamaron un final muy feliz de la historia. La democracia del capitalismo empresarial norteamericano pasaba a ser el único sistema viable. Esa situación fue confirmada por el éxito de las armas estadounidenses en la guerra del Golfo Pérsico, uno de cuyos legados fue el establecimiento de una de sus bases militares en Arabia Saudí, otra de las raíces de los atentados del 11 de septiembre.

El islam fue explotado políticamente, tanto por el llamado mundo libre como por los regímenes autoritarios de países árabes y musulmanes.

El crecimiento económico extraordinario de la era Clinton llevó a pensar que se habían superado los ciclos en las economías de mercado.

Con todo, los norteamericanos tuvieron, casi de inmediato, un bajón como consecuencia de problemas económicos. Algunos pensaron que Alemania, Japón y Corea eran quienes verdaderamente habían ganado la guerra fría, con un capitalismo fundado en la asociación entre el capital y el trabajo, es decir, domado por la socialdemocracia o el desarrollismo y, por tanto, distinto del suyo.

Pero se repusieron rápido, gracias a un crecimiento económico extraordinario durante la administración Clinton, que llevó a muchos a pensar que se habían superado los ciclos en las economías de mercado y que de las crisis eran sólo responsables quienes no se atenían a la muy científica ortodoxia neoclásica.

Los privilegiados de la Tierra, uno de cada cinco habitantes, se congratularon y proclamaron que la gallina pondría más huevos de oro, debido a una presunta nueva economía. La receta era muy simple: confiar ciegamente en la magia de la mano invisible del mercado. Aunque con más de alguna limitación en el mundo desarrollado, ella traería el bienestar general.

La función principal de los gobernantes era proteger a la ciudadanía de la insaciable voracidad económica de las burocracias estatales, mantener los equilibrios macroeconómicos y dejar trabajar al empresariado. Así la economía, o más

bien el mercado mundial, se transformaba en el amo de todas las cosas, en el árbitro de toda cultura, como ya lo dijo Jacques Attali en 1990, y suprimía totalmente la función de mediación de la política.

Esto, de nuevo, con ciertas excepciones en los países industrializados, mas nosotros no teníamos otra opción si queríamos desarrollarnos.

HEREJES DISIDENTES Y CASTIGOS

Quien no se convertía a la buena nueva lo hacía a su riesgo. La crisis asiática fue interpretada como un castigo a la herejía, a una economía de mercado corrompida por el gobierno. José Piñera, ex ministro de Pinochet, dijo que esa crisis tenía tanta importancia como la caída del Muro de Berlín, porque ponía fin a toda ilusión acerca de la eficacia de la intervención estatal. Las victorias electorales del nuevo laborismo de Blair, según Vargas Llosa, se deberían a que es el verdadero heredero del thatcherismo, o sea, a la conversión a las políticas derechistas de los socialdemócratas. Incluso algunos países, como Afganistán y Somalia, podían desaparecer de las estadísticas internacionales, y el resto del mundo ni siquiera se daba cuenta.

La crisis asiática se interpretó como un castigo a una economía de mercado corrompida por el gobierno.

Así se cumplía la muy trágica profecía que hizo Lester Thurow en Chile hace

ya varios años: “Existe el peligro de que algunos países del mundo queden marginados. Pensemos en Bangladesh o Bolivia. ¿Qué importancia tienen? Si Bangladesh o Bolivia desaparecieran mañana en la mañana y no tuviéramos la radio o los diarios para enterarnos, y sólo nos enteráramos de la noticia a través de los cambios que se produjeran en nuestra vida económica diaria, no sabríamos que habrían desaparecido. Son países que ocupan un lugar en el globo terráqueo, pero no actúan en la economía mundial de ninguna manera fundamental”.

Con todo, la historia no había terminado, a lo menos en los países desarrollados, donde rápidamente se manifestaron las dudas. Los socialdemócratas europeos y los liberales norteamericanos ganaron elecciones con consignas como la tercera vía, que se suponía iba a compatibilizar la economía de mercado con la solidaridad social. Sin embargo, una vez en el poder, parecieron más bien autoridades en busca de un proyecto político. El gran problema para los socialdemócratas es que, al igual que los comunistas, tenían en su tradición un megaproyecto: cambiar el mundo en representación de la clase obrera. Y era bastante difícil compatibilizarlo con una economía de mercado, menos cuando el proletariado industrial disminuía como porcentaje de la fuerza de trabajo.

Al mismo tiempo, se desarrolló un movimiento multifacético de jóvenes, feministas, ecologistas, pacifistas, sindicalistas, tercermundistas, católicos, etc., que integran redes. Es mal llamado anti-globalista porque, en los medios de co-

municación, aparece copado por violentos grupúsculos anarquistas, el llamado bloque negro por el color de sus vestimentas. La gran mayoría de esos manifestantes quieren cambiar el mundo, no destruirlo, en algún aspecto específico e inmediato y están por la autonomía de los actores sociales, la descentralización y el control comunitario.

Comenzaron a escucharse las reivindicaciones del movimiento mal llamado antiglobalista.

Rápidamente pasaron a tener influencia en el escenario internacional. En efecto, le prestaron atención tanto las organizaciones intergubernamentales, como el sector multinacional. Entre estos últimos no se trató exclusivamente de capitalistas conocidos por su liberalismo, como Soros y Tompkins, sino también de los organizadores del Foro Económico Mundial de Davos, la internacional de la mundialización, quienes escribieron: “La economía globalizada no debe llegar a ser sinónimo de un tren sin frenos en una carrera destructora”. Esto porque “las responsabilidades sociales de las empresas y de los gobiernos son tan importantes como siempre”.

Mientras tanto, en el mundo en desarrollo lo que más se escuchaba eran las jeremiadas de quienes se quedaron sin proyecto por el fin de la polaridad. La conversión al mercado y al librecambismo estaban en el orden del día y los pocos disidentes, por destacados que

fueran, parecían predicar en el desierto. Incluso los dragoncillos asiáticos que habían logrado dar un salto gigantesco, que los igualaba a los países industrializados, gracias al llamado estado desarrollista, comenzaron a liberalizar su cuenta de capitales, y a ello siguió una gran crisis.

La reacción fue el aumento de los disidentes, ahora también entre los economistas. Ya no se trataba sólo de liberales, como Stiglitz, quien proponía ir más allá del consenso de Washington, o como Krugman, quien criticaba la imposición de medidas deflacionistas a los países en desarrollo para enfrentar recesiones, mientras los países industrializados aplicaban políticas keynesianas cuando tenían los mismos problemas.

A los escépticos se sumó uno de los economistas más prestigiosos entre quienes propugnan la internacionalización de la economía, el profesor Jagdish Bhagwati de la Universidad de Columbia, quien escribió que la lógica del libre comercio no se aplica al librecambismo como la crisis asiática lo hacía claro.

En el caso de los países árabes y musulmanes los resultados económicos, que ya eran pobres antes de quedar totalmente entregados a las vicisitudes del mercado, pasaron a ser desastrosos. Desde la descolonización, ningún país mahometano, salvo los oasis petroleros y, hasta cierto punto, Turquía y Malasia (los únicos, junto con Libia, que se han secularizado), se acerca al ingreso per cápita (medido por las paridades de poder adquisitivo) de los países desarrollados, y con las mismas excepciones, tampoco superan el promedio mundial,

US\$ 7.350. Incluso retroceden respecto de otros países en desarrollo, por ejemplo, Egipto y Pakistán en relación con Corea del Sur y la India, respectivamente. Y el ingreso per cápita de Arabia Saudí, a pesar de su riqueza petrolera, ha bajado a la mitad en los últimos 15 años, con el agravante de que desde la guerra del Golfo tiene en su territorio una base militar norteamericana, o sea, de los cruzados, según los extremistas. Con esto último, la Casa de Saúd pierde uno de los pilares de su legitimidad, la pretensión de ser la guardiana de los lugares santos del islam, o sea, de las mezquitas de La Meca y Medina.

Los desastrosos resultados económicos de los países árabes y musulmanes aumentaron la desesperación de sus pueblos.

Ese fracaso incrementó la desesperación social y económica de los pueblos árabes y musulmanes. La respuesta de los gobiernos fue más represión, con la consiguiente agravación del estancamiento intelectual. Simultáneamente, esas autocracias abandonaron la educación y la cultura a las organizaciones islámicas. Las madrasas, escuelas coránicas que sólo enseñan fundamentalismo, intolerancia y hostilidad, aumentaron en el mundo árabe, en Pakistán y la India, de unos pocos cientos a cerca de 8 mil, gracias a un generoso financiamiento con los petrodólares.

Incluso en un libro escolar para niños de 11 y 12 años de la Autoridad Nacional Palestina, que se supone secular y que tiene el título *Nuestro hermoso lenguaje*,

se dice “El alma noble tiene dos metas: la muerte y el deseo de ella. Cae como un mártir y riega la tierra con su sangre pura”. Así pretendieron ganar legitimidad a bajo precio, con la difusión de la ignorancia, y en ese mundo, al revés de lo que ocurrió en Occidente, a la edad de oro siguió el oscurantismo medioeval.

LA NUEVA TIERRA PROMETIDA Y SUS EJÉRCITOS

Entretanto, la transformación de los Estados Unidos en un Gulliver solitario confirmaba una de las certezas del llamado sueño o ideal americano.

En la mitología nacional de ese país hay una asimilación de su nación (que llaman América, a secas) a la Tierra Prometida, desde la fundación de la colonia de Massachusetts por los puritanos. Ésta fue la ciudad sobre la colina, en palabras de su primer gobernador, y tal asimilación al Jerusalem del Apocalipsis la transformaba en invulnerable.

A ese mito contribuyó, como es obvio, la situación geográfica del país, rodeado por dos océanos y dos vecinos relativamente débiles, y la superioridad tecnológica de sus ejércitos y servicios de inteligencia. Prueba de ello era, por lo demás, que su territorio nacional no había sido atacado por extranjeros desde la guerra con los británicos en 1812. Ciertamente es que la base aeronaval de Pearl Harbor fue bombardeada por los japoneses en 1941, pero ésta entonces se situaba extraMuros. Justamente eso explica la persistencia de Washington, cualquiera fuera el partido en

el poder, en perseguir a los responsables del asesinato de Orlando Letelier. La consecuencia de esa reafirmación del mito fue la disminución de los presupuestos de relaciones exteriores, incluidos los de sus servicios de información y de ayuda externa.

El mito de América Tierra Prometida llevó a reducir sus presupuestos de relaciones exteriores, incluidos los servicios de información y ayuda externa.

Con todo, los Estados Unidos mantuvieron una gigantesca fuerza militar más los correspondientes servicios de inteligencia, a un costo anual de 300 y 30 mil millones de dólares, respectivamente. Ese enorme presupuesto militar se explica por más de una razón, entre las que destaca la dosis de planificación de la economía norteamericana. Recordemos que sus subproductos van desde el sistema de autopistas hasta la internet, pasando por los hornos de microonda y los aviones Jumbo. Ese gasto les permitía aniquilar a quien pretendiera usar en contra suya o de sus aliados un arma de destrucción masiva y desplegar rápida y simultáneamente en dos teatros de ultramar un poder bélico abrumador. Bush pretende coronar ese sistema con la militarización del espacio, es decir, mediante la concreción de Superman.

En el caso de los servicios de inteligencia, el espionaje humano perdió su campo de acción. Durante la guerra fría se realizaba bajo la cobertura diplomática

o de los negocios y, en un comienzo, también periodística e incluso estudiantil. Es decir, se movía principalmente entre los círculos dirigentes de los países que podían llegar a ser enemigos y, en caso alguno, en lugares donde imperaba la extrema pobreza o culturas totalmente diferentes a la occidental.

Ese tipo de inteligencia carecía de sentido en la posguerra fría.

A lo anterior se sumó que era imposible contratar espías, si se les exigía ser abstemios, célibes y vivir en cavernas como las afganas. Por tal razón, esos servicios se refugiaron en el espionaje comercial o incorporaron avances tecnológicos a su quehacer y, mediante objetos voladores, satélites o aviones -tripulados o no y equipados con cámaras fotográficas y sensores- sus agentes podían escuchar y mirar todo lo que se hiciera y dijera en cualquier rincón del planeta, desde sus oficinas en los suburbios de Washington.

LA UTOPIA DE LOS NECIOS

Por supuesto que el terrorismo les preocupaba. Incluso había un debate académico entre quienes sostenían que no había cambiado, es decir, que quería más testigos que víctimas, porque su fin político era sentarse en la mesa del banquete, y los que hablaban de un nuevo terrorismo, o sea, el que quería volar la mesa, y cuyos autores serían militantes fanáticos de sectas apocalípticas. Pero, incluso en esta última escuela, se pensaba que los atentados suicidas serían actos individuales y localizados en el Cercano Oriente,

como ha sido la norma desde que un terrorista solitario, en 1983, se estrelló con un camión cargado de explosivos en el cuartel de los infantes de marina en El Líbano y dejó 241 bajas mortales.

En la posguerra fría carecían de sentido los servicios de inteligencia basados en el espionaje humano.

Asimismo, se pensaba que la otra opción sería la utilización de armas de destrucción masiva, como el atentado con un gas neurotóxico al sistema de trenes subterráneos de Tokio o el primero en contra de las Torres Gemelas, en 1993, en que los explosivos fueron mezclados con cianuro para aumentar su poder letal. Hasta se especuló que los terroristas podrían utilizar armas nucleares sucias, es decir, explosivos convencionales mezclados con material radioactivo que, al radiar una zona con alta densidad de población, podían dejar un gran número de víctimas. No obstante, el antídoto era vigilar los sitios en que podían adquirirse los insumos para producir esas armas y los lugares en que podrían fabricarse. Una misión que se pensó difícil pero no imposible, dado el equipamiento tecnológico disponible.

La gran siesta del Gulliver norteamericano tuvo como centro los ocho años de Clinton, con mayorías republicanas en el Congreso durante las tres cuartas partes de su mandato. La base de ese sopor fue la complacencia nacional gracias a la prosperidad y la paz. La mayor parte de la población siguió siendo internac-

apática, en una época en que en las democracias mandan las minorías movilizadas. Clinton fue el gran intérprete de ese paradójico sentir. Recordemos que su primera consigna fue: "Es la economía, estúpido".

Cuando se vio obligado a preocuparse del resto del mundo, en un período en que no se divisaba ninguna gran amenaza, a la diplomacia agregó lo que David Halberstam llama "la guerra en tiempos de paz". Es decir, combinó con éxito el poder aéreo norteamericano, que bombardeaba desde una distancia inalcanzable, y fuerzas terrestres nativas, que avanzaban por un terreno ablandado desde el cielo, en escenarios localizados de ultramar. Con esa estrategia, sus soldados profesionales no corren prácticamente riesgo alguno. Por esa razón, la participación norteamericana en las guerras yugoslavas pareció no existir para la opinión pública estadounidense.

Hubo un indicio de que podía producirse un ataque aéreo terrorista en territorio norteamericano. Entre los papeles de uno de los autores del primer atentado contra las Torres Gemelas, detenido en las Filipinas y extraditado y condenado en los Estados Unidos, se encontró una mención a un posible secuestro de aviones para acciones camicaces en contra de los blancos atacados el 11 de septiembre, más la Casa Blanca, el Capitolio, las torres Sears en Chicago y Transamérica en San Francisco.

Sin embargo, esa información no fue procesada, mostrando una importante falla del intelecto y de la división del trabajo de las autoridades norteamericanas.

Una falla de las autoridades norteamericanas impidió procesar la información sobre un posible secuestro de aviones para acciones camicaces.

El mundo tecnocrático del presente es manejado, de un modo u otro, por científicos sociales. Y nuestras disciplinas, incluso para los que pensamos que son infusas, están configuradas por teorías, proposiciones, hipótesis, escuelas, que son consecuencia de múltiples experiencias y de cómo interpretamos el pasado, dentro del contexto del presente. El mismo que, para los norteamericanos –antes del 11 de septiembre– incluía la complacencia y la sensación de invulnerabilidad.

Cuando algo no encaja dentro de nuestra propia cosmovisión del momento, que por lo general creemos científica, ni siquiera hacemos asociaciones de ideas o atamos los cabos (en el caso de la CIA, como en el de otras grandes burocracias, la cultura de la respectiva organización dictamina que ese algo simplemente no existe). Por eso, cuando finalmente se nos impone la realidad, que suele superar nuestra imaginación, el resultado nos sorprende. Quizás por eso siempre hay tantos generales después de la batalla.

Cierto es, también, que había alguna inquietud por la seguridad territorial del país. Desde 1999, la llamada Comisión Hart-Rudman presentó tres informes al Congreso acerca de la necesidad de cambiar la estrategia para la seguridad nacional. Hizo hincapié en la creciente amenaza de formas no convencionales de ataque en el propio territorio y en la necesidad de formar coa-

liciones internacionales para defender los Estados Unidos y redes que le eran vitales.

El 10 de septiembre, un día antes del ataque, el senador Biden, presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores de la Cámara Alta, en el National Press Club de Washington, criticó la obsesión de la administración con la guerra de la galaxias, que tiene un costo de 500 mil millones de dólares, para enfrentar un riesgo bastante improbable, cuando el verdadero peligro podía llegar en la bodega de un barco o en la mochila de un presunto excursionista.

No obstante, esas inquietudes no tuvieron eco en la administración Bush. Por el contrario, la derecha norteamericana pretendía cerrar el círculo que separaría a su país del resto del mundo mediante la militarización del espacio, la utopía de los necios, la de los conservadores infinitos, que intentaba nada menos que detener la historia, como afirma Nicolás Sartorius .

Esa contrautopía nos recuerda al rey británico Canuto que, al iniciarse el segundo milenio, pretendió detener las mareas y fue derrocado al fracasar, oportunidad que aprovecharon los normandos para invadir Gran Bretaña y cambiar para siempre la historia de Inglaterra. Como ya han transcurrido mil años desde ese incidente, los efectos de tales pretensiones parecen no ser tan graves. No obstante, los períodos de complacencia son a menudo el preludio de tragedias totalmente inesperadas.

Informes al Congreso de los Estados Unidos hicieron hincapié en la amenaza de formas no convencionales de ataque en su territorio.

ANTE LA SORPRESA: LA RESPUESTA ERA EL ESTADO

En contraste con la batalla de Lepanto, los ataques del 11 de septiembre fueron una sorpresa mayúscula, no sólo para los ciudadanos sino también para el gobierno norteamericano, incluidos sus servicios de espionaje y contraespionaje. Tales ataques ni siquiera eran una hipótesis para la clase dirigente norteamericana, incluidos el FBI, la CIA y el resto de la llamada comunidad de la inteligencia.

Por ello, el comportamiento de las autoridades durante las primeras horas que siguieron a los atentados fue errático, para decir lo menos. La administración, a falta de un guión para enfrentar la situación, aplicó el que correspondía a una guerra nuclear. El presidente fue trasladado al comando estratégico, en el centro del país, y el vicepresidente a una llamada cueva de ubicación desconocida. Lo hicieron cuando los autores del atentado sólo utilizaron la rutina misma de la vida norteamericana diaria, aviones comerciales y rascacielos, para provocar una hecatombe a un bajísimo costo, que se calcula entre 200 y 500 mil dólares.

De tanto defender a los ciudadanos del Estado, el Estado no podía ni siquiera cumplir con su misión primaria, defendiendo al país de ataques de terroristas extranjeros armados con cortaplumas. La idea de que, en algunos casos, la brillantez de científicos e ingenieros no es rival suficiente para enfrentar la motivación fanática de suicidas dirigidos desde lejanas cavernas, pasó a ser una realidad.

La reacción de la ciudadanía norteamericana, a pesar de su tan mentado individua-

lismo, fue volver los ojos hacia el tan vilipendiado gobierno, como siempre ocurre en tiempo de crisis. La administración Bush tuvo de inmediato tres desafíos: cómo responder a los responsables de los ataques, cómo reducir la vulnerabilidad ante potenciales ataques próximos y cómo comprometerse con el mundo para bajar el número de atacantes futuros y de quienes podrían apoyarlos. Y la base de la respuesta era el Estado.

**Se vio claro que la brillantez
de científicos e ingenieros suele no ser
suficiente para enfrentar
fanatismos suicidas.**

La administración Bush anunció de inmediato una represalia militar, y la razón no fue sólo justificar un enorme presupuesto militar, sino también satisfacer la concepción de justicia, que para la mayoría de su pueblo incluye el castigo a los responsables. Para ello, obtuvo, primero y antes que nada, el consenso de la élite política en favor de la acción presidencial. Para lograrlo, entre otras cosas, se convirtió al keynesianismo y la dogmática neoliberal fue de súbito olvidada. El presidente Bush dijo que se podía gastar a cargo del déficit fiscal en caso de guerra, de emergencia nacional o de recesión.

Enseguida, formaron una coalición internacional contra el terrorismo. Como lo demuestran los despachos de los corresponsales de guerra de todo el siglo XX y los filmes sobre ese tema, los norteamericanos no conciben un conflicto bélico en que sus tropas no sean parte de los aliados, y de esa concepción nacieron las Naciones Unidas y la OTAN.

El anuncio de una represalia militar satisfizo la idea de justicia, que para la mayoría del pueblo norteamericano incluye el castigo de los responsables.

En este caso, además, se trataba de una necesidad práctica, tanto en materia de inteligencia como de paso de tropas y aviones, dada la ubicación geográfica de Afganistán. Hasta la única superpotencia sobreviviente necesitaba de aliados. Rusia y China considerados, muy en especial por la derecha republicana, como enemigos potenciales o adversarios estratégicos, pasaron a ser aliados. La voz de los europeos se volvió a escuchar en los círculos de poder en Washington. Los republicanos incluso redescubrieron las Naciones Unidas.

La administración ubicó el conflicto bélico como parte de una confrontación entre el bien y el mal, pues el maniqueísmo es una constante del discurso político estadounidense, un legado del calvinismo cultural. Y por haber sido atacados en su propio territorio, el presidente Bush declaró en Washington: “Estoy estupefacto, estupefacto de que haya tales malentendidos sobre lo que representa nuestro país, que haya personas que nos odien. Como la mayor parte de los norteamericanos, no puedo comprenderlo. Porque sé que somos buenos”.

Por consiguiente, los ataques no eran una respuesta a lo que hacían sino a lo que eran, es decir, representantes de la libertad, la democracia, el bien, etc., y quie-

nes los odiaban sólo podían ser malvados. Dentro de ese tipo de discurso no caben guerras con objetivos limitados, sino trascendentes. A ello se añade que Estados Unidos siempre ha buscado un lente único a través del cual mirar el mundo y una sola respuesta para todos los desafíos externos, una consecuencia del ansia de encontrar una moral clara que justifique y guíe su política internacional. Por ello, su política exterior ha sido monotéista, basada en un solo síndrome, doctrina o corolario, una verdadera teología que hoy se fundamenta en el combate contra el terrorismo, en nombre de la civilización.

LA MANIPULACIÓN POLÍTICA DE LA
RELIGIÓN

Washington insiste en que no se trata del choque de civilizaciones anunciado hace algunos años por Huntington, que el enemigo no es el islam, sino grupos extremistas que se declaran musulmanes.

Como representantes de la libertad y la democracia, para los norteamericanos quienes los odiaban sólo podían ser malvados.

La violencia no es, por lo demás, un atributo exclusivo de los mahometanos. Recordemos que Rabin fue asesinado por un judío fanático y que quienes atacaron el sistema de trenes subterráneos de Tokio pertenecían a un grupo neobudista, una posición religiosa de origen más bien con-

templativo. El uso de la fuerza, incluso cuando incluye suicidios, no tiene necesariamente una base religiosa como lo demuestra la historia militar, en especial la del siglo XIX. El islam, por otra parte, no es una iglesia con una organización jerárquica como la católica, sino un movimiento religioso con múltiples ramas, divisiones, escuelas y sectas, y, en ese sentido, más similar al protestantismo.

En la alianza entre bin Laden y el mulá Omar hay una manipulación política de la religión.

Sin embargo, es evidente que quienes organizaron y participaron en estos ataques son musulmanes fanáticos que, como todos los fundamentalistas, tienen por enemigos al secularismo y la modernidad, es decir, son también un fenómeno contemporáneo. Además, en el caso de la extraña alianza entre bin Laden y el mulá Omar, como en el de todos los extremismos políticos con una fundamentación religiosa, hay una manipulación política de la religión. bin Laden es un millonario saudí, conocedor de occidente, con estudios universitarios y con una juventud disipada en los clubes nocturnos de Beirut, que se transformó en termocéfalo en la guerra contra la Unión Soviética en Afganistán y en enemigo de Estados Unidos en la guerra del Golfo Pérsico (en especial, porque uno de sus legados fue una base militar norteamericana en su país). Desterrado, se refugió en Sudán, desde donde fue expulsado por presión estadounidense. Rechazado por el gobierno saudí, que prefiere no tener disi-

dentos en su territorio, se refugió en Afganistán. En ese momento, los talibanes comenzaban a controlar Afganistán, con apoyo pakistaní y como una respuesta al caos en que lo habían sumido las banderías muyahedines que, después de derrotar a los soviéticos y a sus aliados, se disputaban por las armas el botín, en especial el tráfico de opio.

Ahí comenzó su alianza con Omar, el líder espiritual de los talibanes, un semianalfabeto que había salido sólo una vez de Kandahar, su tierra natal, para visitar Kabul, y conversado únicamente con dos personas no musulmanas: el representante de la Naciones Unidas para el país y un embajador japonés. Para los pachtunes, que dominaban el movimiento talibán, los enemigos ancestrales, aunque sólo sea por razones de vecindad, eran los hindúes y budistas, no los cristianos y judíos del discurso de bin Laden.

Cierto es que ambos líderes eran extremistas y sunís, la rama mahometana mayoritaria, pero de dos versiones fundamentalistas muy distintas. El wahabismo, la escuela musulmana beduina dominante en Arabia Saudí, y de la cual dice ser miembro bin Laden, destruye tumbas y minaretes porque los considera expresiones de cultos politeístas, pero permite la reproducción de la imagen humana por el cine, la televisión y la fotografía. En contraste, el sufismo (una posición mística del islam de origen persa), al cual adhieren los talibanes, venera las tumbas de sus santos y rechaza toda reproducción de la imagen humana. La relación entre ambos grupos era tan mala que la legión extranjera islámica en Afganistán fue segregada del resto de

la población, al igual que las tropas norteamericanas en Arabia Saudí.

Los autores de los atentados son, además, un reflejo caricaturesco del mundo de la posguerra fría, es decir, de una globalización acompañada de la fragmentación o, si se quiere, de la división de la humanidad entre el McMundo, cuyos símbolos son MTV, Macintosh y McDonald, y las guerras santas, que son consecuencia del renacimiento de un neotribalismo fundado en la religión y la sangre.

Los autores de los atentados reflejan la división de la humanidad entre el McMundo y las guerras santas.

Con todo, como dice Barber, la guerra santa no sólo es el adversario sino también el hijo de McMundo. Prueba de ello es el espectáculo alucinante y terrorífico que un grupo de suicidas presentó al mundo el 11 de septiembre por CNN, aprovechando los medios de comunicación de la globalización. También lo es que los autores se reclutan entre musulmanes que emigran a países desarrollados, tales como Alemania, Francia y Estados Unidos, o a territorios que no están sujetos a autoridades gubernamentales, por el debilitamiento o disolución del Estado, tales como Afganistán, una coalición de feudos tribales incluso en la era de los talibanes, Somalia, que ni siquiera es una confederación tribal, el desierto del Yemen, habitado por nómades que en la práctica son apátridas, e islas remotas en los grandes archipiélagos de Indonesia y las Filipinas.

Y emigran debido a la intolerancia de los gobiernos autoritarios de sus propios países de origen.

EXPRESIONES DE UNA NUEVA COOPERACIÓN INTERNACIONAL

Después de los atentados el mundo pareció funcionar de otra manera.

El secretario de Estado Colin Powell, el único moderado en la administración Bush, pasó de la sombra al primer plano. Putin, el presidente ruso, aprovechó la oportunidad para enterrar definitivamente la guerra fría e incorporar a su país al concierto de naciones con una habilidad que asombró a todos.

En la cumbre de Doha de la Organización Mundial del Comercio, no sólo ingresaron China y Taiwán. Bajo el liderazgo de India y Brasil se resolvió, además, iniciar una nueva ronda de negociaciones para el comercio internacional que incluye la liberalización de las patentes farmacéuticas para casos de epidemias, como el sida; la disminución de las subvenciones agrícolas por los países desarrollados, que llega a casi mil millones de dólares diarios, seis veces el monto de la ayuda al desarrollo, y la atenuación de los aranceles y cuotas de importación por parte de los países industrializados respecto de los productos manufacturados ligeros, muy en especial en los rubros textiles, campo en que los países en desarrollo son muy competitivos. En otras palabras, se resolvió que la práctica del libre comercio comenzara también a ser obligatoria para los países industrializados.

La relación entre pobreza y terrorismo y entre países pobres y terrorismo no es de causa a efecto.

Altos funcionarios del Fondo Monetario Internacional hicieron circular la idea de proteger mediante procedimientos de quiebra a los países que no puedan pagar sus deudas. Y Stiglitz, junto con recibir el Premio Nobel de Economía, propuso que el Fondo Monetario volviera a emitir derechos especiales de giro para aumentar la liquidez de los países en desarrollo, y comenzó a ser consultado por los presidentes latinoamericanos dentro del proceso de fijar una posición común ante el sistema financiero internacional.

Por cierto, todos ahora dicen apoyar la fundación de un Estado palestino. A su vez Wolfensohn, presidente del Banco Mundial, llamó a los países ricos a eliminar la miseria como fuente de conflicto. La relación entre pobreza y terrorismo no es, sin embargo, de causa a efecto. Bin Laden, Ata y sus camicaces no eran ni son pobres. Tampoco lo fueron, en otro contexto, los principales líderes guerrilleros de América Latina, Europa occidental y Estados Unidos, que tuvieron especial importancia en las décadas de 1960 y 1970.

Distinto es el caso de los neonazis europeos y los supremacistas blancos norteamericanos, pero la pobreza en los países desarrollados no lo es en un sentido intrínseco. Tampoco hay una relación directa entre países pobres y terrorismo, y prueba de ello es nuevamente que bin Laden y la casi totalidad de los suicidas que atacaron Estados Unidos nacieron en Arabia Saudí.

Por ello, está totalmente equivocado Alain Joxe, incluso en un sentido figurado, cuando sostiene que “el terrorismo es el arma de los pobres y el terrorismo suicida, el arma de los desesperados”.

La explicación es mucho más compleja y quien más se aproxima a ella es el primer ministro Anthony Blair. En un discurso en la convención del Partido Laborista, calificado de magistral por los medios de comunicación internacionales, afirmó que las campañas para erradicar el terrorismo y las condiciones que lo sostienen son una sola. Añadió que un mundo unido con Estados Unidos en una comunidad no sólo podría derrotar a bin Laden sino también la desesperanza de los campamentos de refugiados palestinos, las matanzas en el Congo, el cambio climático y la pobreza en el mundo. Y en más de una oportunidad llama compañeros (*brothers and sisters*) a musulmanes y árabes, quienes también serían las víctimas de ese terrorismo. Dentro de este contexto se inserta la demanda a los Estados Unidos de Brown, el Secretario de Hacienda británico y un supuesto rival de Blair, para que incrementase sus programas contra la pobreza en 50 mil millones de dólares, una cantidad similar a su ayuda externa total actual, para mejorar la educación y la salud de las personas más pobres del mundo.

Como la organización de bin Laden parece estar en todas partes y en ningún sitio, algunos sospechan que podría ser una fachada.

En todo caso, la guerra contra el terrorismo requiere de la cooperación de todos. Incluso deben reconstruirse los Estados que han perdido el control de su territorio durante los últimos años, tales como Afganistán, Somalia y, en nuestra región, Colombia. El enemigo terrorista del presente no es una versión moderna del ejército otomano avanzando hacia las puertas de Viena, como supone la tesis del choque de civilizaciones y el concepto mismo de la defensa nacional del siglo XX.

Como lo indicaron ya en 1993 David Ronfeldt y John Arquilla de la Rand, ni siquiera se trata de movimientos políticos jerarquizados o fuerzas guerrilleras organizadas. La organización de bin Laden, La Base o Al Qaeda, es internacional, aunque el mundo árabe y musulmán es su base; no tiene estructura fija ni sede territorial, es decir, es más bien un conglomerado casi virtual. Como parece estar en todas partes y en ningún sitio, a la vez, incluso hay quienes sospechan que podría tratarse de una fachada.

Los terroristas serían más bien personas relacionadas entre algunos de ellos, que operarían como nudos separados pero interconectados como en las redes electrónicas, sin un comando central, y cuyo modelo sería la internet. Esas células estarían mimetizadas entre la población civil gracias a que el modo de vida de sus miembros no se distinguiría del promedio en las comunidades en que viven e, incluso, no serían aparentemente más devotos que sus vecinos.

Es decir, los enemigos son individuos con una estrategia que aprovecha la glo-

balización más que una entidad que puede ser blanco militar. Además, se supone que deberían financiarse a sí mismos. Las subvenciones que recibirían de La Base serían para los gastos extraordinarios, o sea, para sus misiones terroristas. Ese dinero se movería de diversas maneras. El más común sería a través de una red de agentes oficiosos, instalados en diferentes países, comunicados por internet y claves, que operarían como cajas de compensación para operaciones cruzadas, o sea, transferirían el dinero sin que traspase las fronteras ni siquiera electrónicamente, sobre la base de la confianza personal entre los agentes.

El 11 de septiembre demostró el fracaso de la combinación del unilateralismo y el aislacionismo.

Este sistema, llamado hawala, es por lo demás de uso muy difundido en el subcontinente asiático (desde Afganistán a Bangladesh) para evadir impuestos y coimas. A ello se suman transferencias cablegráficas y los canales habituales del lavado de dinero, pero en cantidades bastante pequeñas, lo que hace aún más difícil detectarlas. Para cortar esos flujos financieros, pareciera indispensable la colaboración de todos los gobiernos en la regulación de los flujos financieros internacionales, incluso de los llamados extraterritoriales (los paraísos tributarios).

LOS LIBERALES EN ALZA

El 11 de septiembre demostró la vulnerabilidad de los Estados Unidos o, más precisamente, el fracaso de la combinación entre unilateralismo y aislacionismo que es el programa de la nueva derecha norteamericana.

Las tesis liberales, internacionalismo y seguridad colectiva, volvieron a ser el sentido común. Para la mayoría de los observadores y analistas, entre los que me conté, la represalia militar norteamericana parecía ser más bien un ejercicio piro-técnico, con el objeto de justificar el presupuesto militar y satisfacer las ansias de venganza en nombre de la justicia de sectores de su población, en especial de los más conservadores, que constituyen la base electoral de los republicanos.

Pensamos que Wahington no tenía interés en desestabilizar a una potencia nuclear como Pakistán, cuya minoría pachtún que es muy importante dentro de las Fuerzas Armadas, o en ayudar a la Alianza del Norte, que es una coalición sólo en el nombre y cuyas banderas se financiaban con el tráfico de opio. Por consiguiente, esperaríamos que la fase militar terminaría sin pena ni gloria con la excusa de que se había iniciado el Ramadán o comenzado el muy crudo invierno afgano. En otras palabras, que el problema se superaría más bien por la vía diplomática y no por la militar.

Esa proposición pareció confirmarse por el fracaso rotundo de la primera estrategia de la represalia militar norteamericana. Su fin fue provocar una rebelión en las tribus pachtunes del sur para que, junto con la Alianza del Norte, derroca-

ran a los talibanes sin desestabilizar a Pakistán. Para ello, se efectuaron bombardeos acompañados de ataques de comando en los alrededores de Kandahar, en que las tropas especiales norteamericanas fueron sorprendidas por las milicias talibanes. Incluso un supuesto ataque exitoso, que fue ficticio, no provocó levantamiento alguno. En ese contexto, el Secretario de Defensa, un conocido neoconservador, declaró que la lucha contra el terrorismo sería como la guerra fría, que duró 50 años, no tuvo grandes batallas, requirió de una presión continua y la cooperación de varios países, y cuando finalizó no lo hizo con una explosión, sino por un colapso interno del enemigo.

Se intentaba que la globalización fuese un negocio de los gobiernos democráticos y no un gobierno de los negocios

Finalmente, la socialdemocracia parecía encontrar un proyecto mundial, ir más allá de las operaciones militares e intentar hacer de la globalización un sistema inclusivo y democratizado, es decir, que pase a ser un negocio de los gobiernos democráticos en vez de un gobierno de los negocios.

La tarea por supuesto no era fácil. La arrogancia de Gulliver es consustancial a su tamaño. Y la desconfianza de los liputienses es profunda, muy en especial en las élites de algunos países desarrollados, como Francia, en los eslavistas rusos y en los pueblos árabes y musulmanes, a quienes se suman los de otros países en desarrollo, como los latinoamericanos.

Pese a todo, la política del gobierno de Estados Unidos dio la impresión de reconocer que sus problemas internacionales tenían también por causa lo que hacían, y que todos navegábamos en la misma arca de Noé. Rusia y China fueron invitadas a participar en la seguridad colectiva y en la lucha contra el terrorismo.

Los guerreros santos de Afganistán no quieren tanto a la muerte como los norteamericanos la vida.

Las posiciones de los países en desarrollo comenzaron a ser escuchadas. Y los presidentes latinoamericanos, a proporción de Cardoso y Lagos, intercambian ideas para fijar una posición común para insertarse en la nueva situación mundial. A lo que se sumó que se atenuó el ímpetu del movimiento antiglobalista debido a las concesiones de los países industriales y al impacto de los atentados terroristas.

LA RECUPERACIÓN DE LOS NEOCONSERVADORES

Los medios de comunicación de los Estados Unidos comenzaron a ridiculizar la represalia militar debido a que no lograba el objetivo de cambiar el cuadro político afgano, es decir, levantar a los pachtunos contra el régimen talibán. Washington cambió la estrategia y volvió a utilizar, como en tiempo de Clinton, la probada fórmula de guerra en tiempos de paz. Es decir, combinó el formidable poder aéreo norteamericano con fuerzas locales, en

este caso la Alianza del Norte, apoyada por algunos comandos en materia de inteligencia.

Ante la sorpresa general, el éxito fue casi instantáneo. Las milicias talibanes, ablandadas por la aviación estadounidense, se disolvieron después de algunas escaramuzas y huyeron en tropel. La Alianza del Norte se apoderó de Kabul sin disparar un solo tiro. A pesar de lo que dijeron sus dirigentes, los guerreros santos del desesperado Afganistán no quieren tanto a la muerte como los norteamericanos la vida. Y la legión extranjera de bin Laden, después de presentar algunos focos de resistencia, desapareció misteriosamente.

Los neoconservadores norteamericanos recuperaron el habla. Ya no sólo eran inútiles las Naciones Unidas, sino también la OTAN. Estados Unidos había demostrado de nuevo, actuando en el escenario afgano prácticamente solos, su enorme superioridad militar, y el corolario era que el poder político, también en Asia central, se concentraba en la única superpotencia sobreviviente.

El objetivo era destruir en Afganistán todo vestigio de terrorismo y del gobierno talibán que lo amparaba. La construcción y la seguridad interna de ese país, como de cualquier otro, era una tarea local o, en el mejor de los casos, de terceros países, como la Unión Europea, siempre que no interfiriera con la destrucción total de las fuerzas terroristas. Y comenzaron a circular ideas acerca de la ampliación de los blancos en la lucha contra el terrorismo, una vez terminada la limpieza en Afganistán, para incluir a todo territorio que fuera una amenaza terrorista potencial, es-

pecíficamente dentro de ese enorme arco que va desde Somalia al sur de las Filipinas, pasando por Bagdad, aunque el secretario Powell anunció que consultaría a los aliados.

Sin embargo, Powell está perdiendo las batallas dentro de la administración, como lo demuestra el desahucio del tratado que prohibía el desarrollo de defensas antimisiles, justo 100 días después de los atentados, y a pesar de la oposición de Rusia y de los miembros europeos de la OTAN. Ese desahucio es por ahora simbólico, incluso hay dudas de la viabilidad científica del proyecto y, de no serlo, puede ser contrarrestado con la fabricación de cohetes con ojivas nucleares múltiples. No obstante, demuestra la tozudez y ceguera política de la nueva derecha norteamericana.

¿UNA VUELTA AL PASADO?

¿Significa ese renacimiento de la influencia de los neoconservadores en la administración Bush que volveremos a la situación previa al 11 de septiembre?

Lo dudo. La superioridad militar es eficaz para derrotar a otra fuerza militar,

con domicilio conocido, como es el caso de los talibanes. No lo es para destruir una red, menos si es de células mimetizadas en una cincuentena de países.

Como lo dijo Moisés Naím, editor de la revista *Foreign Policy*, pensar que la eliminación de bin Laden y de La Base frena sustancialmente la amenaza terrorista es tan descabellado como esperar que la eliminación de Pablo Escobar y el cartel de Medellín acabaría con el narcotráfico. A lo que se suma que los Estados Unidos ya tienen problemas en Afganistán mismo, que ha vuelto a ser un conjunto de alrededor de 20 feudos tribales, con sus eternas rencillas y prácticas ancestrales, entre ellas, la de liberar prisioneros por pago de rescate o trueque, y en que el pago de peajes es la mejor manera de circular con seguridad por el país.

La única solución a largo plazo es vencer y ganarse las mentes y corazones de los enemigos potenciales, es decir, enfrentar sería y colectivamente el problema del autoritarismo y la exclusión. Por desgracia, como ya se dijo en la Rusia del siglo XIX, la historia nada enseña, pero castiga con dureza a quienes no aprenden sus lecciones.